

Mi regalo de cumpleaños

Ni el periodismo ni la militancia ni la literatura o la amistad familiar, sino el breve e intenso recuerdo del artífice de su mejor obsequio de la infancia. Eso es lo primero que reconstruye en su memoria emotiva una artista platense emigrada, ante la mención de Rodolfo Walsh.



Los padres de Patricia y Vicky eran Rodolfo Walsh y Elina Tejerina. Se habían conocido con mis padres a través de las hijas más grandes, compañeras y amigas del San Simón. Mi madre trabajaba en la Dirección de Psicología Infantil, “La Asesoría”, y tenía con Elina, poeta y Directora del Colegio para ciegos, muchos puntos de contacto laboral. A Elina volví a verla en lo de mamá, muchísimos años después. Vicky Walsh era brillante alumna y tocaba muy bien el piano. Era grandota para su edad, igual que mi hermana. De las dos nenas Walsh me impresionaban sus lindos pelos; el de Vicky era muy negro y Patricia tenía flequillo y era muy muy lacia. Con mi hermana, dejaron de verse al pasar al secundario.

El recuerdo hermoso que voy a contar, no es del Walsh escritor tampoco del periodis-

ta militante ni de la poeta maestra de ciegos, sino del día en que cumplí 5 años y me hicieron una fiesta con amigos, con algunos vecinos, y con “grandes”. Medio tarde, apareció Rodolfo con Patricia, la hija más chica, y me trajo un regalo grandísimo envuelto en ese papel cebolla con dibujitos tibios que se usaba antes, que en realidad, creo, se llamaba

Medio tarde, apareció Rodolfo con Patricia, la hija más chica, y me trajo un regalo grandísimo envuelto en ese papel cebolla con dibujitos tibios que se usaba antes.

“papel de seda”. Tenía también una etiqueta chiquita, rectangular de letras y bordes dorados con moño de mínimo firulete por detrás, del “Bazaar X”, que anunciaba un juguete. Con el corazón galopándome de emoción, lo puse sobre mi cama y al descuartizar el paquete, vi que adentro había una caja con algo mucho más espectacular que el envoltorio. Detrás de la tapa de celofán grueso se veía, de aluminio lustroso y numeroso, un juego de cocina completo. Con sopera, sartén, hueverita, lechera y guisera. Con cucharas, espumaderas y cucharones. Con tapas, manijas y mangos. Con rallador y colador de té, para “jugar a la casita”, me dijo él. Impecable, dentro de las improntas de plástico finito y rosa, como en un cuento de hadas laboriosas y sin nada más posible que desear, estaba el formidable juego de ollas de Rodolfo Walsh.